

La Novela Americana Cinematografica



Núm. 34

30 cts.

La caída de Eva

por
Patsy Ruth Miller

**LA NOVELA AMERICANA
CINEMATOGRAFICA**

Publicación semanal

Francisco - Mario Bistagne
Director

AÑO II

NÚM. 34

THE FALL OF EVE

1924

La caída de Eva

Comedia humorística
interpretada por

Patsy Ruth Miller, Gertrude Astor.
Ford Sterling, etc.

Es una producción **COLUMBIA**
Distribuida por

Príncipe Films, Sdad. Lda.

Aragón, 249 - Barcelona
Aldamar, 7 y 9 - San Sebastián

Postal-regalo: **ANNY ONDRA**

Ediciones **BISTAGNE**
Paseje de la Paz, 10 bis. - Barcelona

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

Tip. Barcelona i Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

La caída de Eva

ARGUMENTO DE LA PELICULA

I

Tomás Ford, el famoso negociante, tenía, entre otras muchas, dos cosas: una secretaria y un hijo.

La secretaria se llamaba Eva y era la reina de las secretarias, no precisamente por sus méritos burocráticos, sino por su belleza de veintidós kilates.

Lo reunía todo: un cuerpo gentilísimo, fino y estatuario, elástico y gracioso. Sus suavísimas curvas eran una delicada sinfonía. Sus piernas parecían modeladas por un cincel magistral y travieso. El seno, breve y firme, se presentía a través de la blusa. Y en cuanto al rostro... ¡Oh, aquellos ojos inmensos, apacibles, brillantes, soñadores! Ojos de caricia, ojos para adormecer en un divino sueño de opio. Un óvalo perfecto, de trazo angelical, suavísimo sin duda al tacto,

pero más suave aun a la mirada. Y con estos rasgos luchaban todos los demás por la supremacía.

Después de esto, ¿quién dudará de que aquella criatura fuera la reina de las secretarías?

Roberto, el hijo de Tomás Ford, no tenía, claro es, la belleza de la secretaria de papá, pero tenía otras dotes poco comunes.

Odiaba el trabajo hasta la enajenación y amaba a Eva hasta la locura.

Roberto iba al despacho de su padre sólo por estar cerca de Eva. Y como resultaba que Eva estaba también pirradita por él, siempre andaban amartelados por los rincones de la oficina, con evidente perjuicio para los negocios del señor Ford.

El padre de Roberto no sabía nada de aquellos amores, pero sabía de otros muchos. No pasaba mes sin que su hijo le fuera con el cuento de que se había enamorado. Y como daba la casualidad de que siempre se trataba de muchachas de clase humilde, el señor Ford se oponía indignado a los amores de su hijo.

—¿Para eso he hecho yo de ti, el hijo de Tomás Ford, es decir, el hijo de uno de los hombres más ricos de Norteamérica? ¿Para eso? ¿Para que te cases con una mujer que a lo mejor tendrá que comprar las medias a plazos?

Esta era la respuesta que el padre daba al hijo mensualmente, cuando el muchacho le ponía en antecedentes de su nuevo amor.

Por eso no se atrevía ahora a hablarle de Eva, aunque esta vez estaba de verdad enamorado.

—Es preciso que ideemos algo, Eva, para que acceda a nuestro matrimonio.

—Desengáñate, Roberto. No habrá nada que

decida a tu padre a consentir que te cases con su secretaria.

—¡Quién sabe! Suponte que supiéramos de alguna faltilla suya. La amenaza de delatarle le podría obligar.



... siempre andaban amartelados...

—¡Eso es un *chantage*, Roberto!

—Me parece que no me has comprendido, Eva. No se trata de que mi padre haya cometido un delito, sino alguna ligera faltilla; y no se trata de denunciar el hecho a los Tribunales, sino de contárselo a su mujer.

—Me parece que voy comprendiendo — dijo Eva, muy interesada.

—¡Como que es muy sencillo! Ya sabes que

mi padre se ha casado hace un mes en terceras nupcias y que está más pirrado por su esposa que los monos por los cacahuets. Pues bien, suponte tú que sorprendemos a mi padre en alguna aventurilla amorosa, y que le amenazamos con contárselo todo a mi nueva madrastra...

—¡Qué talento tienes!—exclamó Eva realmente admirada.

—Ahora hemos de buscar el modo de que mi padre cometa la faltilla.

—Eso me parece más difícil.

—¿Difícil? Me concedo veinticuatro horas de tiempo. Si transcurrido ese plazo no está todo listo, dejo de ser quien soy.

Y con las manos a la espalda, como Napoleón, comenzó a pasear por el despacho.

* * *

Estos acontecimientos se desarrollaban al mismo tiempo que otros, también muy importantes, que tenían por escenario uno de los principales hoteles de la capital.

Los protagonistas eran el señor y la señora de Rolls, matrimonio recién llegado de Chicago.

Ella pesaba noventa kilos, pero al marido le parecía mucho más pesada todavía.

Los celos la consumían y, además de los celos, poseía una marcada inclinación a jeringar al prójimo y, especialmente, a su marido.

Los dos habían pasado de la segunda juventud y estaban a punto de entrar en la cuarta o en la quinta, pero reñían con el mismo entusiasmo que en el primer año de casados.

¿Tenía razón la señora de Rolls para estar celosa de su marido?

La tenía. Pedro, que así se llamaba el marido, era un mujerómano de siete suelas, más una de caucho. Su gusto hubiera sido que el peso fuerte de su esposa se quedara en Chicago para poder él hacer de las suyas, pero ella no había sido de la misma opinión.

Una fuerte jaqueca la tenía postrada en un sofá. El marido paseaba por la habitación, no teniendo cosa mejor que hacer.

De pronto se detuvo para abrir el correo, lo cual hizo levantar de un salto a la señora de Rolls.

—¿Son de mujeres esas cartas?

—¿Crees que soy el sucesor de Valentino?

—De Valentino no, pero podrías serlo de Landrú.

Pedro arrojó las cartas en la mesa con un gesto de hastío y se dirigió al teléfono.

—¿A quién vas a telefonar, a una mujer?

—¡Pero mujer! ¿No sabes que he de anunciar mi llegada a Tomás Ford para tratar del negocio que nos ha traído aquí?

Tomás Ford se alegró mucho al saber que estaba allí el más importante de sus clientes.

—Venga usted en seguida y hablaremos. Tengo verdaderas ganas de verle.

—En seguida voy, querido amigo.

Colgó el auricular.

—Ya lo has oído, querida. Tomás Ford me espera.

Y le dió en la frente un beso estilo Judas, al que la dulce esposa contestó:

—Si dentro de media hora no estás de vuelta, esta habitación se va a convertir en un estadio en día de campeonato mundial.

II

La señora de Ford se hallaba en aquel momento con su marido para comunicarle que sus amigos los señores de Morton les habían invitado a pasar unos días en su casa de campo.

—Lo siento, querida, pero tendrás que ir tú sola—se disculpó el señor Ford, visiblemente contrariado al tener que separarse de su idolatrada esposa. Mi mejor cliente acaba de llegar de Chicago y le he de atender. No quiero dejarle ir sin que me suelte uno de sus magníficos pedidos.

—Siendo cosa de negocios, me resignaré.

En aquel momento llegó Pedro Rolls a las oficinas de Ford.

El botones le detuvo.

—Tenga la bondad de esperar, señor. El señor Ford está ocupado.

La espera fué breve. En seguida salió del despacho de Ford su nueva cónyuge, que, dicho sea de paso, era una real mujer.

A Rolls se le fueron los ojos detrás de ella y aun estaban mirando a la dama cuando oyó a sus espaldas una cordial exclamación:

—¡Mi querido amigo Rolls!

Era Tomás Ford. Pedro, en vez de corresponder al saludo, le guiñó un ojo y le dió un significativo golpecito en el vientre.

—A un cliente así se le pueden vender las cosas con un cien por cien de descuento.

—¡Hombre, por Dios, esa señora...!

—¡Silencio! — le atajó Rolls imperativamente—. No quiero explicaciones sobre estos asuntos, porque tampoco a mí me gusta que me las pidan. Esa señora es jamón sin hueso y se lo dice a usted un hombre de la tierra de los jamones.

—¡Bueno, hombre!... Hablemos de negocios, si a usted le parece—dijo el señor Ford, cogiendo al cliente del brazo e introduciéndolo en su despacho.

—¡De ningún modo! ¿Cree usted que me he resignado a pasar una mala noche en el tren sólo para venir a hacerle un pedido? Eso se queda para mañana o pasado. Lo único que hoy me interesa es echar al aire todas las canas que tengo, que es como echar un edredón.

—Pero...

—¡Nada, nada! Dé una excusa cualquiera a su esposa y...

—Imposible. Mi esposa se ha ido al campo.

—Mejor que mejor. La mía tiene un dolor de cabeza que se derrite. Esta noche saldremos juntos.

Le guiñó un ojo y añadió:

—Usted busca un par de amiguitas y cuando esté listo me llama por teléfono.

—¡Un par de amiguitas!—exclamó Ford atorado—. ¿De dónde voy a sacar yo eso?

—¡Pobrecito!—comentó Rolls irónicamente—. ¡Si él sólo tiene amistad con los niños del hospicio! ¿Y la señora que acaba de salir de su

despacho? ¿Pertenece acaso a la Junta de Damas?

—Le aseguro a usted...

—¡Basta! Estoy decidido a correrme una juerguecilla esta noche. Y si no hay juerguecilla no hay pedido. Son mis últimas palabras.

Se levantó, dió dos palmadas en el hombro al señor Ford y salió del despacho tarareando una coplilla más verde que una pradera.

* * *

Las profundas cavilaciones de Ford fueron interrumpidas por su secretaria.

—¿Le ha hecho pedido el señor Rolls?

—Me ha hecho un pedido que de buena gana se lo habría rehusado—contestó Ford en tono de lamento—. Imagínese usted, señorita Eva, que me ha pedido una juerga. Se ha empeñado en que le busque una amigueta. ¡Vaya un conflicto! ¿Qué se yo de esas cosas, pobre de mí?

Los ojos de Eva se iluminaron. Aquello era la mejor ocasión para poner en práctica los planes de su novio. Había que buscar a toda costa la amigueta para el señor Rolls. Era preciso que tuviera efecto la juerguecita en que el señor Ford había de tomar parte. Después, una vez hubiera cometido la *faltilla* don Tomás, ya verían qué se hacía.

Pero el inconveniente que se presentaba era tremendo. ¿De dónde iba a sacar Eva una amigueta para el señor Rolls? Ella sólo conocía muchachas decentes... De pronto tuvo una idea... una idea valiente, que aceptó porque estaba segura de saber guardarse a sí misma.

—¿No podría ser yo esa "amigueta"?

El señor Ford la contempló estupefacto. Una amigueta de las condiciones fisonómicas y corpo-



—¿No podría ser yo esa "amigueta"?

rales de Eva significaba llenar veinte carillas del talonario de pedidos.

—¿De veras sería usted capaz de hacerme ese favor?

—Con tal de lograr el pedido, me sacrifico muy gustosa.

—¡Oh, Eva!—exclamó el señor Ford entusiasmado—. ¿Cómo podré pagarle este inmenso favor?

Quedaron en que a la hora de cenar se reunirían allí para telefonear al señor Rolls y por

eso aquella noche, al terminar su trabajo, Eva sólo fué a su casa para mudarse de vestido, regresando en seguida a la del señor Ford.

Todo iba muy bien. Todo, menos una cosa. Eva no había podido comunicar sus planes a Roberto, porque Roberto había salido aquella mañana para no volver a casa en todo el día.

III

En el cuarto del hotel perteneciente a los señores Rolls se repetían las escenas de la mañana.

La dama estaba tendida en un sofá con un paño en la cabeza. Pedro Rolls se paseaba cerca del teléfono.

—¿Por qué miras con tanta insistencia al teléfono? ¿Has dicho tal vez que te llamen?—preguntó la amantísima esposa.

—¡Por Dios, Rosalinda! ¿A santo de qué me van a llamar?

—¡Hombre!... ¡Los negocios!...

—Pues mira... no creas... ese Ford tiene cosas muy raras. Le gusta hacer los negocios de noche... Con luz artificial le saca a uno lo que quiere. Yo le he pedido una rebaja de un quince por ciento de descuento y si me llamara sería señal de que la luz artificial ha hecho su efecto.

—¡Bah! ¡Por eso no te preocupes! Mañana vas a visitarlo con una linterna.

—¡Qué cosas tienes!

Sonó el timbre del teléfono.

Pedro se abalanzó como una fiera sobre el aparato y a lo largo del hilo se entabló el diálogo siguiente:

—Soy yo, Tomás Ford.

—¡Caramba, señor Ford, qué sorpresa!

—He encontrado una amiguita para usted.

—¿Y está todo preparado para el negocio?

—Es una delicia. Ya la verá usted... Jovencita, bellísima, muy simpática.

—¿Cómo se llama?

—Su nombre es breve y lindo: Eva.

—¡Ah, la Bary and Company! De acuerdo, de acuerdo. Voy en seguida a ver las muestras.

Pedro colgó el auricular y se acercó al sofá donde descansaba su esposa.

—¡Ya lo has oído, querida! La luz artificial nos ha valido un quince por ciento de economía. Voy inmediatamente a reunirme con Ford. Un paseito y firmamos el contrato.

Rosalinda se había incorporado vivamente.

—¿Dices que un paseito? ¿Acaso os acompañará la señora de Ford?

—¡Naturalmente!—repuso Pedro para tranquilizarla.

—Entonces te acompaño. Quiero conocer a la señora de Ford.

Pedro estuvo a punto de desmayarse.

—No te molestes. Te excusaré ante la señora de Ford. Son de confianza.

—Ellos, sí, pero tú, no. Por consiguiente te acompaño.

Y Rosalinda de Rolls comenzó a vestirse y a componerse.

* * *

El señor Ford se frotaba las manos jubilosamente. Iba a obtener el mejor pedido de la temporada. Unos veinticinco mil dólares...

Allí estaba Eva, esperando con él al señor Rolls. Llevaba un vestido de soirée muy elegante y extremado. Por delante le llegaba hasta los pies; por detrás le tapaba las ligas a duras penas.

De pronto, Eva se volvió y el señor Ford pudo contemplar aquel enloquecedor panorama trasero.

Inmediatamente subió diez mil dólares en la cuantía del pedido de Rolls.

Lo tenían todo muy bien preparado. Se tutearían. Se tratarían con cierta desenvoltura "cabaretera"...

En verdad, había sido una suerte que a la nueva señora de Ford le diera por irse al campo aquel día. De otro modo, no habría sido posible poner en práctica aquel plan que significaría para el señor Ford un montón de billetes.

De pronto sonó el timbre de la puerta y el señor Ford fué a abrir.

Quedó estupefacto al ver a la voluminosa señora de Rolls.

—Muchas gracias, señor Ford, por habernos invitado—dijo la dama por todo saludo.

Estas palabras y la aparición de Pedro con una cara de ácido prúsico que daba miedo, hicieron comprender a don Tomás que aquella dama era la esposa de su amigo.

En seguida surgió en la mente del señor Ford

la idea del conflicto que les creaba la voluminosa señora, y, pensando en ello estaba, cuando apareció Eva en el umbral.

Quedó muy sorprendida al ver a aquel trasatlántico de señora, y mucho más al advertir que se dirigía hacia ella con las manos tendidas y diciendo:

—¡Mi querida señora de Ford!

La sagacidad de Eva le hizo aceptar el puesto de esposa de Ford hasta hallar ocasión de desligarse del compromiso. Tenía la intuición de que sería una catástrofe revelar su condición de "amigueta". Manifestarse como secretaria hubiera sido también contraproducente, pues el señor Rolls se había dado cuenta del engaño y ¡adiós pedido!

Entretanto, el señor Rolls preguntó a su amigo:

—¿Es su mujer?

—No; es su "amigueta".

—¡Ay, mi madre! ¡Y que tenga que quedarme yo sin esa maravilla por esta Dempsey con faldas que Dios me ha dado por esposa!...

La contrariedad de Ford tenía otros motivos.

—La señora se cree que su "amigueta" es mi esposa y este lío puede perjudicarme. Es preciso que le digamos la verdad.

—¿Se ha vuelto usted loco? Si le dice usted eso a mi mujer, a los dos minutos se ha convertido esta casa en un montón de escombros.

—Pase lo que pase, se lo diré.

—Está bien, pero ya puede usted pintar mi pedido en las nubes.

—¡Hombre!

—¡Nada! Ya lo sabe usted. O se calla o no hay pedido.

Y el señor Ford no tuvo más remedio que callar.

IV

La señora de Rolls se empeñó en visitar un cabaret y las cosas comenzaron a complicarse.

Pedro Rolls se mostraba muy satisfecho del cariz que tomaban las cosas, pues había logrado endilgar sus noventa kilos de esposa a Ford, en tanto él se ocupaba de Eva en un "flirt" que la señora de Rolls miraba como natural galantería hacia la esposa del amigo.

Ford sudaba el kilo, no sólo por la pesadez de la señora de Rolls, sino porque comprendía que estaba comprometiendo su felicidad conyugal. Se hallaban nada menos que en el "Rendez-vous", uno de los cabarets más aristocráticos y concurridos de la capital, donde de un momento a otro podía entrar cualquier conocido.

Por si esto era poco, el amigo Rolls se había tomado la cosa con todo entusiasmo y faltaba descaradamente a la ley seca, obligando a hacer lo mismo a su esposa, para que siguiera viendo con buenos ojos sus galanterías hacia la "señora" de Ford.

Esto dió lugar a que los dos perdieran la cabeza y comenzaran a llamar la atención de to-

dos los presentes, haciendo desear al señor Ford un terremoto o cualquier otra cosa semejante que pusiera fin a aquella espantosa situación.

Después de cenar, a los señores de Rolls les dió por el baile, y ahora sí que tuvo conciencia el señor Ford de lo que costaba arrastrar un peso de noventa kilos.

Pedro Rolls enlazaba un baile con otro y deseaba que aquello durara toda la vida, para no perder el contacto con aquella enloquecedora muchacha que su amigo le había buscado.

Aun sucedió algo muchísimo más grave que aumentó los sudores del señor Ford hasta la copiosidad.

La orquesta del café "Rendez-vous" transmitía su concierto por radio, y a cada nueva pieza que tocaba, el violinista gritaba junto al micrófono:

—Aquí el café "Rendez-vous". Ahora vamos a tocar el famoso bailable X.

Una de las veces, el violinista dijo algo más:

—Aquí el café "Rendez-vous". Ahora vamos a tocar el precioso vals "Mi mujer está en el campo", a petición del señor y la señora Ford.

Cuando Ford volvió la cabeza hacia el que había pronunciado las tremendas palabras, vió que todo obedecía a una gracia de la señora de Rolls, la cual había dado una fuerte propina al violinista, para que dedicara la pieza a sus amigos, creyendo tener así para ellos una gentileza que no olvidarían jamás.

En efecto, difícil le sería al señor Ford olvidar las angustias que estaba pasando.

* * *

Entretanto, en la casa de campo de los Morton, la señora de Ford jugaba al bridge con otros invitados, mientras el altavoz del aparato de radio transmitía el concierto del café "Rendez-vous".

Al oír el nombre de su marido y el suyo, no pudo evitar un movimiento de inquietud, y exclamó:

—¿Han oído ustedes? Han dicho bien claro: "El señor y la señora de Ford."

—¡Bah!—repuso una de las amigas que jugaban con ella—eso no quiere decir nada. Ford hay muchos en Norteamérica.

Pero fué inútil todo lo que la señora Ford hizo para imponerse a su inquietud, y ni siquiera esperó a que terminara aquella partida.

Se excusó a la señora de Morton y se dirigió en un taxi al café "Rendez-vous".

* * *

El señor Ford tuvo una idea. Sabía dónde estaba su hijo, y se puso en comunicación con él telefónicamente, pidiéndole por Dios y por todos los santos que fuera al café "Rendez-vous" y que lo sacara de allí a toda costa.

Roberto, después de poner ciertas condiciones, referentes a un asuntillo de amor del que todavía no le había hablado, y después de obtener la seguridad de que su padre accedería a todo con tal de que lo sacara de allí, se dirigió al café "Rendez-vous", cavilando acerca del plan

de que se valdría para hacer lo que su padre deseaba.

Cuando llegó a la puerta del café, vió que los policías luchaban con un caballero que tenía una botella de licor en las manos y que a uno de los agentes le caía la insignia al suelo.

En seguida obtuvo de ello una idea salvadora. Se prendió la chapa en el pecho y entró en el café con aires de inspector de policía.

Se sentó a una mesa cercana a la que ocupaba su abrumado padre, y después de mostrarle la chapa y de guiñarle un ojo, le envió, por medio de un camarero, una de las cartas del restaurante, en cuyo reverso había escrito:

Te sacaré de aquí, fingiéndome oficial de policía.

Inmediatamente comprendió el señor Ford lo que debía hacer.

—Cuidado, amigo Pedro—dijo al cliente en tono confidencial—. Un inspector de policía nos vigila.

A Rolls le faltó tiempo para arrojar al suelo su botella de bolsillo, y el señor Ford la trasladó de un puntapié adonde su hijo estaba sentado.

Roberto cogió la chata botella, la olió y se acercó a la mesa de los "húmedos".

Creyó estar soñando al ver que la joven que estaba de espaldas era Eva.

A punto estuvo de pedirle una explicación, pero se contuvo al comprender que todo lo echaría a rodar si se descubría y se limitó a desahogar su ira dirigiendo a Rolls, que hacía el amor a Eva claramente, unas cuantas palabras duras por haber faltado a la ley seca.

—Están todos ustedes detenidos—bramó— y no saldrán de la cárcel hasta que sean viejos, aunque todos ustedes tienen ya más arrugas que una pasa.

Fueron inútiles las protestas del señor Rolls y las súplicas de su esposa. Ninguno de los dos podía mantenerse en pie, y esto dificultó la tarea de Roberto, pero al fin logró el *policia* introducirlos a todos en un taxi.

—Ahora vamos a su casa, señor—dijo a su padre—. Estoy seguro de que encontraré allí un océano de alcohol y entonces serán todos condenados a la silla eléctrica.

Al oír estas palabras, Rosalinda dió un salto y su cabeza tropezó en la techumbre del taxi, provocando en el automóvil un balanceo de goleta que motivó las protestas del taxista.

Los planes de Roberto eran dejar marchar a los señores de Rolls, para quedarse él a solas con su padre y con Eva y exigirles una explicación, por lo que aprovechó la primera oportunidad para decir a su padre que alejara al matrimonio.

Llegaron a su casa y el padre, que no deseaba otra cosa que librarse de la compañía de los Rolls, pidió, en presencia de ellos, al *iracundo policia*, les dejara marchar.

Roberto accedió después de imponer ciertas

condiciones, pero he aquí que entonces Pedro Rolls salió con una pata de gallo:

—No, amigo Ford. No puedo abandonarle a usted en la desgracia. Soy un caballero y lo que sea de ustedes será de mí. La que puede marcharse es mi mujer.

Pero la señora de Rolls prefería la silla eléctrica a dejar solo a su marido cerca de aquella señora de Ford, que por cierto la estaba escamando cada vez más con sus coqueterías, y contestó que para salir ella de allí había de llevarse a su marido, entero o en fragmentos.

El más indignado de todos era ahora Roberto, pues, aprovechando el único momento propicio, exigía a Eva la anhelada explicación, cuando apareció el fantasma de Pedro Rolls, el cual no dejaba a Eva ni a sol ni a sombra.

—Haga usted el favor de respetar a mi novia, señor inspector—dijo, al ver el calor con que Roberto se expresaba.

Roberto le cogió por las solapas.

—¿Qué significa eso de que esta joven es su novia?

—Pues significa que es mi novia.

—¡Hable usted claro, imbécil!

—Mi "amigueta". ¿Lo ha oído usted? Iba a ser mi "amigueta", pero mi esposa nos ha malogrado el plan. Más claro agua.

Roberto vió el arco iris. La intervención de su padre y de la abultada señora de Rolls evitó que el tenorio perdiera el apoyo de los lentos.

—Bueno—exclamó el joven—. Esto se va a acabar de una vez. ¡Quiero una explicación de todo lo ocurrido!

—Perfectamente. Yo se la daré, señor inspector. Venga usted conmigo.

Y Pedro Rolls cogió a Roberto del brazo y se lo llevó a una habitación contigua, en tanto el señor Ford se llevaba a otra a Eva, dejando a la noventa kilos, derrumbada en un sillón.

—Es preciso que hagamos algo para alejar a estos pelmas. Si a mi mujer le diera por regresar de pronto, me moriría de repente.

—Sí, sí. Esto se ha complicado demasiado.

Y añadió, después de cavilar unos momentos:

—Vamos a fingir que reñimos. Acaso eso les atemorizará.

—Ese sinvergüenza de Rolls no la abandona a usted aunque nos rompamos la cabeza a palos. Pero nada cuesta probar.

Comenzaron a dar gritos y arrojaron algunos muebles por el suelo. Se propinaron unas cuantas bofetadas.

Acudieron Rolls y Roberto, después de luchar en vano por entenderse en las explicaciones que el último pedía y que el otro daba.

—Pero, ¿qué demonio pasa en esta casa?— exclamó Roberto, tan estupefacto como si de pronto le hubieran trasladado al planeta Marte.

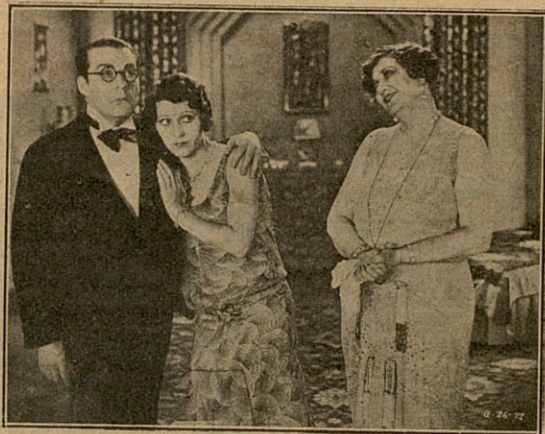
—¡Me ha pegado! ¡Me ha pegado! — se lamentaba Eva.

Pero entonces intervino Rosalinda para dar al asunto una preciosa solución.

Cogió al matrimonio con sus robustos brazos y después de obligarles a darse un beso en presencia de todos, los arrastró a su habitación y les encerró en ella, después de pronunciar estas palabras:

—Dentro de un momento volveré a visitar-

les. ¡Quiero verles bien juntitos! El sueño es la gran cosa para los disgustillos conyugales. Mañana no se acordarán ustedes de nada.



... y después de obligarles a darse un beso...

Lo único que de momento se le ocurrió a Roberto fué encerrarse en la habitación inmediata a la que ocupaban Eva y su padre.

En cuanto a los señores de Rolls, ¿qué podían hacer, sino acostarse en la habitación del otro lado?

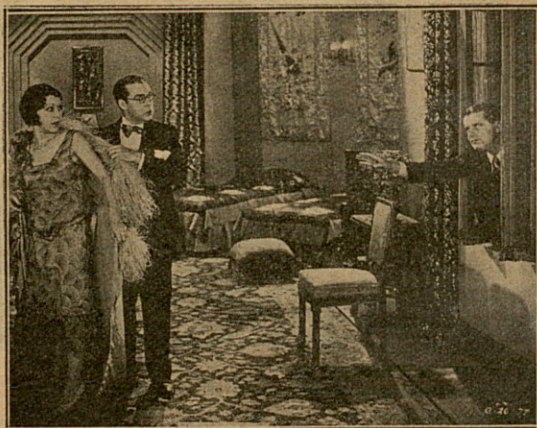
* * *

Apenas la casa quedó en silencio, Eva resolvió marcharse, pues el mal cariz que habían tomado las cosas se complicaba cada vez más.

Ni aunque se tratara de su futuro suegro podía estar a solas en una habitación con él.

—Sí—convino el señor Ford—. Váyase y sea lo que Dios quiera.

Pero he aquí que de pronto entró Roberto por la ventana.



... entró Roberto por la ventana.

Estaba hecho un energúmeno.

—O se me explica todo en el acto, o le pego fuego a la casa.

Eva se lo explicó, y después, ya más tranquilo, tuvo que explicarle Roberto a su padre que Eva y él se amaban y que si quería contar con su apoyo para que su esposa no se enterara de

lo ocurrido, les había de dar el consentimiento para que se casaran.

El señor Ford accedió a todo y los tres se dieron a pensar en el modo de poner fin al conflicto en que les había puesto el señor Rolls con sus aficiones falderas.

* * *

La verdadera esposa de Ford entró en el café "Rendez vous" y allí se enteró de que su marido y sus acompañantes se habían marchado ya.

Se dirigió a su casa en seguida y entró sin hacer ruido y sin encender las luces, para sorprender a su esposo. Después de averiguar que había estado realmente en el café "Rendez vous", no tenía más remedio que sospechar de su fidelidad.

En este preciso momento se le había ocurrido al señor Rolls bajar a echar un traguito, y la señora de Ford se llevó un susto mayúsculo al verle pasar desde el vestíbulo, en cuya oscuridad permanecía oculta.

Telefoneó al puesto de policía más próximo y sólo después de haber pedido auxilio se dio cuenta de que el desconocido iba en pijama y no tenía cara de ladrón.

Encendió la luz y entonces el que se asustó fué el señor Rolls.

—¿Qué hace usted aquí?—preguntó la dama.

Pero el señor Rolls, en vez de responder, la miraba con curiosidad... ¡Pero si era la amiga de Ford! ¡Si era aquella real moza que por la mañana había visto en el despacho!

—¡Hola, pollita!—exclamó—. ¡No podías haber llegado más oportunamente! Esta noche tenemos juerguecita.

Dicho esto, dió un traspié que convenció a la señora de Ford de que la noche estaba medida en algo que no era agua precisamente.

—Voy a traer un poco de "reforzante" y después bailaremos al son del gramófono.

Esto lo dijo el señor Rolls galantemente.

—¡Lo que vamos a poner son los puños en la cabeza!

Esto lo había dicho la señora de Rolls terriblemente.

Rosalinda, al despertar y ver que su marido no estaba a su lado, había salido del dormitorio para olfatear.

Al ver que su esposo hablaba con una mujer, algo terrible y soviético pasó por su alma.

Pero algo la detuvo. El timbre de la puerta acababa de sonar.

La señora de Ford abrió y apareció un policía con cara de sueño y de pocos amigos.

—¿Qué pasa?—preguntó, sin quitarse el sombrero.

La señora de Ford explicó que aquella era su casa y que no sabía por qué razón estaban allí aquellos señores.

El policía fué a cumplir con su deber deteniéndolos, pero entonces los señores de Rolls acusaron a la denunciante de intrusa.

—No la crea, señor agente. La dueña de esta casa, es decir, la señora de Ford, está arriba, con su marido. De modo que esta dama no pinta nada aquí.

La señora de Ford se puso furiosa y adujo

argumento tras argumento para demostrar al policía que ella era la dueña de aquella casa.

Pero la señora de Rolls no se quedó corta.

Subió a la habitación del matrimonio, llamó a la *señora de Ford*, y Eva se dejó conducir por ella a presencia del policía.

Eva no conocía a la nueva señora de Ford. De aquí que no vacilara en sostener que la señora de Ford era ella.

—Entonces — exclamó el agente —, el señor Ford es bígamo.

—¡No, señor!—protestó la esposa verdadera.

—No, señor — protestaron los señores de Rolls.

El policía se rascó la cabeza y de aquel roce nació una idea luminosa.

—¡Que baje el señor Ford!

Fueron por él.

Ver a su esposa y perder el don de la palabra fué todo uno en el alma del negociante.

—¡Ven aquí, granuja!—exclamó la ultrajada dama.

Aquel calificativo bastó para que todos se convencieran de que era ella la verdadera esposa de Ford.

La estupefacción fué general. Todos estaban estupefactos menos el policía, el cual se dirigió a Eva para preguntarle en un tonillo inquietante:

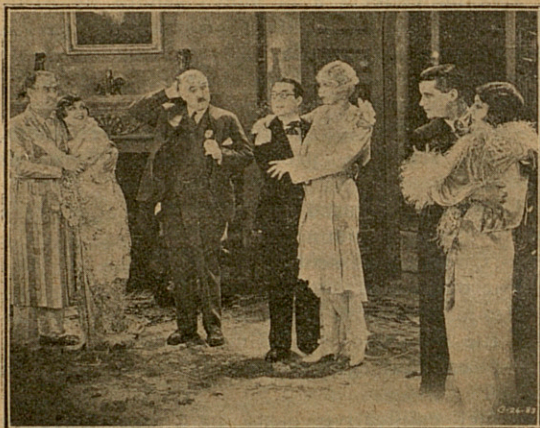
—¿Sigue usted sosteniendo que es la señora de Ford?

—Sí—dijo una voz desde el pie de la escalera.

Era Roberto, que esperaba el momento oportuno de intervenir, y lo había hallado.

—Es la señora de Ford, porque es mi prometida, y yo también me llamo Ford por ser el hijo del dueño de esta casa.

Y para demostrar que lo que decía era cierto, abrazó a Eva.



La escena era hermosa.

Al ver que la única mujer sospechosa que había en la casa era su futura nuera, la señora de Ford perdonó a su marido. Y para demostrarlo, le dió un abrazo.

Aquella doble escena de amor enterneció a Rosalinda, y, como también quería demostrarlo, abrazó a su marido.

La escena era hermosa. Tres parejas abraza-

das. Aquello era demasiado conmovedor para el austero policía, el cual salió de la casa y corrió a la suya para abrazar a su esposa.

Al día siguiente, en pago de las muchas molestias que le había proporcionado, el señor Rolls hacía al señor Ford un magnífico pedido.

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1



Exito sin precedente:

La Novela para Todos

Colaboración selecta. Interesantes
asuntos inéditos.

Ilustraciones en el texto

Pida en cualquier quiosco o librería

La Novela para Todos

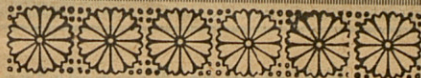
Precio: 30 céntimos

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal
de novelas modernas

Precio: 30 céntimos



El jueves aparecerá
el quinto cuaderno
de la deliciosa novela en veinte
cuadernos

De vendedora de periódicos a estrella de cine

Formidable éxito

¡La novela que todos, aman-
tes o no amantes del cine,
leerán con deleite!

Inmejorable presentación
Buena literatura
Ilustraciones en el texto

PRECIO: 25 céntimos



**Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica**

¡Lo mejor del cine!

Ultimos éxitos:

El pagano de Tahití

Estrellas dichosas

Esto es el cielo

La senda del 98


Acaba de aparecer:

Espejismos

por Marior Davies y William Haines

Esta originalísima novela no debe faltar
en la biblioteca de ningún aficionado al
cine, por los secretos que revela.

Precio: 1 peseta



EB

